

Ernesto Ramírez,

tenor

por Ximena Sepúlveda



Foto: CreativeCoordinates Photography

“Lo que más me ha fortalecido en mi búsqueda son los errores que he cometido, y la resolución de no cometer el mismo error dos veces”

¿Cuándo despertó en ti el amor a la música?

Nací para servir a la música, creo yo. Siempre fue así: desde pequeño mi interés por cualquier sonido, fuese la licuadora, la puerta, un foco, el silencio o la naturaleza, todo me parecía fascinante.

Recuerdo el año 1983, a eso del mediodía: todos los días un carro de helados pasaba por la calle tocando una ligera pieza musical. Una tarde, recuerdo que me senté frente al piano de mi padre a probar sus teclas e identificar los sonidos que venían de la bocina del vehículo de helados. Cuando mi papá llegó del trabajo yo ya había memorizado la canción, con tal de poder obtener un delicioso helado. Mi Viejo me dijo, con voz dulce y amorosa, “sólo si tocas algo para mí en el piano te doy gusto”. Él sabía muy bien que a mis pocos años no estaba en condiciones de aprender este gigantesco instrumento, pues tan sólo tenía cinco años. Me senté al piano y mi padre se sorprendió al verme ejecutando este instrumento que él estudió durante años en el Conservatorio. Conmovido, me dio un beso y dijo: “Hijo, me dejaste mas frío que la nieve. Ya sé lo que serás en tu vida adulta”, y desde entonces comencé el aprendizaje musical, sin tener que sufrir por salir a jugar o no tener tiempo para ser un joven con todas esas ocurrencias de conquistar al mundo.

Mi progenitor fue quien me despertó el interés voraz en las exploraciones musicales. Jamás pensé en el canto como carrera,

cosa común en mi ciudad (Guadalajara), donde todo el mundo canta música bohemia. Mis amigos de la infancia me invitaban a llevar serenatas a sus novias, donde siempre terminaba cantándole a las chicas y quedando bien con mis amigos, para que me saliera la cena gratis. Esto siguió durante la adolescencia, hasta los 20 años, y se convirtió en uno de mis pasatiempos. También llegué a trabajar en coros para obtener dinero y comprar instrumentos. De ahí fui tomándole sabor e interés al canto.

¿Al empezar tu entrenamiento musical con el clarinete, pensabas dedicarte a ser solista, o te hubiese gustado formar parte de una orquesta sinfónica?

Nunca me imaginé a qué nivel llegaría, si sería solista, músico de orquesta o si tocaría mi instrumento con otras bandas musicales. Mi abuelo fue un clarinetista y saxofonista increíble y jamás me mostró la carrera como competencia o algo imposible de alcanzar. Siempre me decía: “Muchacho, entiende bien esto: tus sueños son los prototipos que algún día serán materializados por tu mente y disfrutarás verles dar frutos. Dale tiempo, prepárate bien y utiliza tu instinto como esa brújula que te guiará para alcanzar tus metas. Nada es imposible, observa a tu alrededor”. (Eso me lo dijo cuando un día por la mañana, cuando fuimos al cerro a hacer ejercicio, antes de recoger los chicharrones para el almuerzo, una vez terminados los ejercicios de solfeo.) El abuelo me enseñó también a reparar clarinetes, trabajo que disfruté enormemente.



Almaviva en *Il barbiere di Siviglia*

A los 12 años le pedí que me enseñara a tocar el instrumento, no sólo arreglarlo. Sus lecciones fueron difíciles, y nunca me imaginé que él enseñara con varilla en mano, ocho horas ante una partitura. Fue entonces cuando decidí ser solista. Con esta devoción entré en la Universidad, donde me aceptaron sin ningún problema, y conocí a la persona que me daría la visión para lo que hago hoy. Nunca pensé que sería un estadounidense con amor y respeto a mi país y a nuestra gente. Más que clases de clarinete eran clases de estrategia mental. Finalmente llegó el día —después de tres años de estudio— que traje la oportunidad de tocar el concierto para clarinete de Mozart con la Orquesta Filarmónica de Jalisco.

Comencé como sustituto en las orquestas, pero me di cuenta que no era lo mío. Quería ser solista. En la escuela conocí compañeros cantantes que me motivaban a imitarles en muchas formas, pero entre broma y broma se daban cuenta de que quizás yo tenía potencial para ser un tenor operístico.

¿Hay alguna diferencia en la respiración diafragmática del cantante y la del clarinetista?

Para mí ninguna. Hay muchas teorías y formas de aprender y los maestros siempre tienen una solución (correcta o incorrecta), pero decidí tomar clases de canto para mejorar la respiración. Siendo novato, mi respiración era bastante alta, intercostal. El sonido era feo y apretado. El profesor me decía: “Pon la caña en la almohada y acaríciala suavemente. No soples como si fuera tu pastel de cumpleaños. El paladar es como una cueva de suficiente tamaño para que el aire pase sin ser golpeado, y no muerdas la boquilla”.

El color se fue haciendo más cálido y menos apretado. Al comenzar a vocalizar aprendí a estabilizar el vibrato natural, a relajar los músculos del cuello y a ejercer muchísimo más control del diafragma. Día con día aprendí el arte del canto, sin darme cuenta. Por suerte mi maestro observó esta posibilidad y fue paciente conmigo y, al cabo de seis o siete años, pude cantar mi primer aria. Vocalizaba todos los días y me sentaba al atril durante ocho horas. Para mí no hay diferencia si se combinan las dos tendencias. Ambas vienen de los mismos pulmones y músculos y es un trabajo arduo, pero al final muy placentero.

¿Has decidido dedicarte por completo a la ópera, o te gustaría combinar tus talentos?

La ópera se convirtió en mi fuerte, pero esto no quiere decir que dejé mis gustos personales. He grabado discos de jazz como clarinetista y cantante para mis amigos que se dedican por completo a esa rama



Ramiro en *La Cenerentola* en León

Foto: Arturo Lavín

musical. La música es *música* y no me gusta ser “puritano” en ningún sentido de la palabra. Crecí escuchando música vernácula: boleros, rock en español... Llegué a tocar con bandas de funk, reggae, etcétera. Ser versátil no significa destruir la calidad del trabajo que se pide o se hace. Conocí a un clarinetista de jazz en un concierto, y mi sorpresa fue descubrir su gusto clásico pues tocaba las tan conocidas *Cuatro estaciones* de Vivaldi.

Esa fue mi motivación para no dejar de hacer otro tipo de colaboraciones musicales y no dedicarme solamente al género de la ópera. Ahí están también los casos de otros tenores, como Domingo, Vargas, Araiza y Pavarotti. Son grandes ejemplos a seguir.

¿Qué nos puedes contar de la ópera en Canadá?

Creo que es muy bien aceptada, tanto así que cuidan bien a sus cantantes. Para poder cantar en Canadá hay que sindicalizarse. Este sindicato para cantantes hace y ha hecho mi trabajo mucho más placentero, a diferencia de otros países. Trabajar en la ópera canadiense significa ganar bien, tener un seguro de gastos médicos por cada ópera que se canta y una cuenta para el retiro, más las prestaciones médicas que son gratuitas para los miembros. Gozamos de una serie de beneficios inimaginables en otros lugares. Además, el público de Canadá es muy cálido y amistoso.

Los trabajos que he tenido como cantante siempre han sido por recomendación de mi buen trabajo y ética profesional. Hubo una época en que hice muchas audiciones pero no salía nada de trabajo. Pero me he ido dando cuenta de que, conforme voy cantando más



Ruiz en *Il trovatore* con Ramón Vargas y Elza van den Heever
Foto: Canadian Opera Company

óperas, más trabajo voy acumulando. Me colé de alguna forma en Canadá, pues nunca pensé llegar tan al Norte. Tal vez fue culpa de mi papá, por no dejar de decirme qué tan precioso le pareció este país. En uno de sus viajes con un grupo de música típica de Jalisco, fueron invitados a un festival folklórico mexicano en la ciudad de Edmonton, en Alberta, y fue así como conocí Canadá, pues yo los acompañé. Tendría unos 13 o 14 años.

Comencé en una gala de ópera en Montreal, después otra en Quebec, luego con la Pacific Opera de Victoria. Luego vino mi debut con la Canadian Opera Company, al lado de la soprano Sondra Radvanovsky. Veo mucho entusiasmo en las compañías canadienses y trabajo de maravilla con los cantantes de este país, que considero mi propia familia. Nos conocemos casi todos. Otra cosa que me encanta de Canadá son las compañías más pequeñas. Toronto tiene al menos unas cuatro donde se puede practicar nuevo repertorio sin exponerse tanto como en las casas grandes. Esto lo encuentro fascinante porque no sólo me pagan por cantar, sino que me proporcionan las tablas suficientes para crecer cantando hasta que lleguen los contratos grandes.

¿Como defines tu voz?

Si la pudiera describir en pocas palabras sería genial. Pero la definiré como un ave en el viento que fluye sin obstáculos, que utiliza su naturaleza para viajar sobre el espacio. Puede tomar direcciones libres sin prejuicios y está siempre lista para deleitar al que la escuche. Es flexible, de sonido suave pero robusto, sin ser empujado y apretado. Creo que así la escucho.

Los representantes de artistas tienen una fuerte influencia sobre el cantante. ¿Cuál ha sido tu experiencia en este campo?

Ésta es una súper pregunta, a la cual darle un enfoque positivo será difícil. Pero, sí, en efecto, hay representantes muy poderosos, quienes influyen no sólo a sus cantantes sino también a las casas de ópera. Las agencias han ido cambiando con los años. Desde los empresarios que sabían escuchar una voz, hasta hoy en día, que son realmente unos cuantos que realmente saben de canto. Las casas de ópera ya no están solamente enfocadas en las voces, pues ha comenzado la era de "*Operalywood*". Existe una gran presión para estar en forma, lo cual no es malo, pero competir a nivel Miss Universo es muy difícil, cuando tal vez la carita no está al nivel vocal y actoral del cantante.

Así que decidí darle la vuelta a las audiciones y comenzar por ser *cover* directamente para las casas de ópera. He ahí un buen boleto de entrada. Tan es así que he tenido suerte: cada vez que he cubierto a un tenor, independientemente de que actuara en escena o no, me estaban pagando por estudiar y aprenderme un rol, lo cual me ahorra dinales en *coaches* de idiomas y pianistas repetidores. Me doy a conocer con los directores de orquesta y escénicos y, tarde o temprano, este tipo de trabajo me ha dado frutos en las casas grandes. Este año reemplacé al tenor italiano Giuseppe Filianoti (uno de los tenores de batalla de Ricardo

Muti) y canté al lado de una de las favoritas del Met, la soprano Sondra Radvanovsky, quien me apoyó bastante e hicimos buena música juntos en *Roberto Devereux* de Donizetti, ella como la Reina y yo como Devereux.

Si un artista no ha tenido mucha suerte en su carrera y no tiene otros medios de subsistencia, ¿crees que debido a las circunstancias, debe aceptar cualquier oferta para cantar, así no le venga a su voz?

Aprendí algo del maestro Ramón Vargas; algo que adopté en mi propia disciplina y corazón antes de emprender esta ardua e incierta carrera, y antes de llegar a conocerle en persona y que de él saliera encaminarme hacia la senda que actualmente me da más frutos. Esto fue lo que él escribió en su página *web* hace ya muchos años, pero que sigue siendo para mí una lista de consejos muy valiosa:

“Mis consejos a un joven colega al principio de su carrera:

1. Tener los pies sobre la tierra; evaluar fríamente sus capacidades, si va a ser un cantante para deleitar a los amigos en una fiesta, o si tiene madera suficiente para emprender una carrera (no hablo siquiera de carrera internacional sino, simplemente, dedicarse profesionalmente al canto).
2. Trabajar para consolidar las facultades naturales. Adquirir una formación seria, que va más allá de la mera preparación musical; debe cultivarse en el sentido más amplio de la palabra, a fondo y, también, a tiempo.
3. Y, una vez iniciada la carrera, aprender a decir “no”. Resistir las propuestas a veces tentadoras pero prematuras o de papeles que no convienen. A mi juicio, lo que hace la calidad de un canto no es sólo la belleza del timbre, el talento natural o la técnica; es también lo que lleva uno dentro: vivencias, creencias, entorno cultural, social, familiar, afectivo... Todos esos elementos influyen en lo que caracteriza el arte de un intérprete. Considero que el canto es el reflejo de su personalidad, de su carácter, sus sentimientos, sus problemas existenciales; por su voz, se puede distinguir lo que en ese momento está viviendo, sufriendo, gozando o descubriendo en su vida. De la misma manera, todas sus intenciones se reflejan en su forma de cantar.”



Leicester en *Maria Stuarda* con la Pacific Opera de Victoria
Foto: David Cooper



Tamino en *Die Zauberflöte* en Bellas Artes
Foto: Ana Lourdes Herrera

Este es mi mantra desde mis inicios. Cuando decidí cambiar del clarinete al canto, todo se tornó más complicado, pues tenía que ganar dinero para sobrevivir y tuve que enfocarme a trabajar en lo que fuese. Vendí seguros de vida, trabajé de noche en gasolineras, daba clases de español a extranjeros... lo que fuera, con tal de obtener el dinero suficiente para comer y cantar. Las clases de canto nunca fueron baratas y muchas veces sufrí la desdicha de sentirme bajo una influencia no muy adecuada para mi canto y carrera.

Lo que más me ha fortalecido en mi búsqueda han son los errores que he cometido, y la resolución de no cometer el mismo error dos veces. Y entre que uno busca y encuentra finalmente fui reconociendo a las personas que me han guiado no sólo por sus consejos, sino también por su amistad y confianza en mí, al decirme las cosas como son, si algo no está bien. Eso es lo más valioso: los enfados y regaños de mis auténticos amigos y maestros cuando no salen las cosas como deben de ser, y eso va forjando una gran disciplina. La subsistencia se puede buscar de muchas maneras. Nada es regalado. Nada es fácil, pero nada es imposible con un buen plan. Con amor y vocación, los momentos más turbios no parecen tan oscuros. ●

Profeta en su tierra

Tenor jalisciense residente en Toronto, Canadá, desde hace varios años, Ernesto Ramírez hizo su debut en México como el Príncipe Ramiro de *La Cenerentola* de Rossini, en septiembre y octubre de 2013 en el Teatro Bicentenario de León, Guanajuato.

En febrero de 2014 debutó en el Palacio de Bellas Artes como Tamino en *Die Zauberflöte* de Mozart, y participó en el *Requiem* de Mozart presentado en la Sala Ollin Yoliztli en homenaje al concertador italiano Claudio Abbado, recién fallecido.

El pasado mes de agosto se presentó nuevamente en México encabezando el reparto —junto con su esposa, la mezzosoprano canadiense Michéle Bogdanowicz— en el estreno nacional de la ópera cómica de Hector Berlioz, *Béatrice et Bénédict*, con la Orquesta Sinfónica de Minería, en la Sala Nezahualcóyotl de la UNAM [ver *Puesta en escena y Otras voces*, en esta edición].

El 3 y 5 de octubre cantará en el *Requiem* de Verdi, con la Orquesta Sinfónica Nacional en el Palacio de Bellas Artes. En el Teatro Juárez de Guanajuato presentará, el 18 de octubre, fragmentos de *West Side Story* de Leonard Bernstein con la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México durante el Festival Cervantino, y concluirá el año también en México, donde cantará *Messiah* de Georg Friedrich Händel el 13 y 14 de diciembre en la Sala Nezahualcóyotl, con la Orquesta Filarmónica de la UNAM. ●

por Charles H. Oppenheim



Foto: Ana Lourdes Herrera

Bénédict en *Béatrice et Bénédict* en la Sala Nezahualcóyotl